



Homilía Eucaristía Aniversario Patrio septiembre 16 de 2022

Textos bíblicos

Primera Lectura	: Col 3,12-17
Salmo Responsorial	: Sal 33 (32) 1-3.12.20-22
Evangelio	: Jn 14,1-6

*“A Ti, oh Dios, te alabamos;
a Ti, oh Señor, te confesamos”.*

Me alegra saludarlos y renovarles la más cordial bienvenida a este templo catedral. Hace exactamente 166 años fue dedicado en este día a Dios, al culto sagrado y a la celebración de los santos sacramentos, especialmente de la Eucaristía. Presidió el obispo de la época Mons. Justo Donoso Vivanco (1852-1868). Desde aquel día y en cada aniversario patrio se celebra un **Te Deum** (“A Ti, oh Dios”, en su expresión completa: “A Ti, oh Dios, te alabamos; a Ti, oh Señor, te confesamos”), o la **Eucaristía**, acción de gracias que Jesús eleva con nosotros al Padre eterno, con excepción del año 2015 cuando, por las consecuencias del terremoto que afectó a la región de Coquimbo, se tuvo que suspender.

Recibimos una bendición especial de Dios al celebrar hoy la Eucaristía, ofreciéndola por nuestra Patria, precisamente en este aniversario de la dedicación solemne

de nuestro apreciado templo catedral. A lo largo de estos años son miles y miles las personas que han encaminado sus pasos para manifestar, ante el altar del Señor, alabanza, gratitud y solicitar su bendición. Otras oran en silencio, especialmente en la capilla del Sagrario, ante la impresionante imagen de Cristo crucificado o también de la Virgen santa. En ocasiones para expresar su gozo y gratitud, en otras su dolor, penas y llantos.

En este día, en el culmen de esta celebración, tenemos el honor de entonar el himno del ***Te Deum***: “A Ti, oh Dios, te alabamos; a Ti, oh Señor, te confesamos”.

Cuanto nos ayuda en este sentido el *salmo* 33 (32) que se acaba de recitar: “Aclamen, justos al Señor, que la alabanza es propia de hombres rectos. Den gracias al Señor... toquen para Él... cántenle un canto nuevo... toquen bellamente con júbilo” (vv 1-3).

Entre los dolores de nuestro pueblo, recordamos el terremoto y posterior *tsunami* del 16 de septiembre de 2015. Nos unimos espiritualmente a las familias que hoy recuerdan a sus seres queridos que lamentablemente fallecieron a causa de ese gran sismo, como a aquellas que todo lo perdieron. ¡El Señor es su fortaleza! La ayuda fraterna de todos nosotros fue para ellos motivo de gran esperanza, ante la desolación.

Al celebrar esta Eucaristía, recordamos a las hermanas y hermanos fallecidos a causa de la pandemia del COVID-19 y

a tantos que sufren las consecuencias de los contagios. Les manifestamos cercanía fraterna, esperando puedan recuperarse total y prontamente.

“Danos, Señor,
un corazón oyente (1Re 3,9)”.

El mes de septiembre lo vivimos haciendo memoria de nuestra historia patria, tradiciones y costumbres que nos alegran, hermanan y permiten fraternizar en nuestras familias, lugares de trabajo, entre chilenas y chilenos, como también con los hermanos provenientes de otras latitudes y que han hecho de Chile su segunda patria. ¡Ellos son hermanos nuestros! En diversos modos les manifestamos fraterna acogida. En este aniversario patrio, les renovamos el anhelo de construir con ellos una gran nación de hermanos, en la cual son bienvenidos e igualmente invitados a aportarnos con los tesoros de su cultura, historia patria, bellas tradiciones y sobre todo con su hermoso testimonio de fe que nos renueva en la esperanza. Valorando también lo nuestro creceremos juntos, ofreciendo al mundo un bello testimonio de nuestra común vocación de hijas e hijos de Dios, llamados a edificar la ciudad terrena con la esperanza de aquella definitiva, la patria del cielo.

Septiembre es también el **Mes de la Palabra**. Este año lo estamos viviendo en nuestras comunidades bajo el lema: “Danos, Señor, un corazón oyente” (1Re 3,9).

La Palabra es el mensaje de amor para todos nosotros de nuestro buen Padre Dios. Él espera una respuesta nuestra en semejante medida. Por ello, le suplicamos en este día nos conceda “un corazón oyente”, siempre dispuestos a escucharla con atención, veneración, fervor y disposición. Ella puede cambiar nuestra vida y convertirnos de corazón a Dios, que nos habla en su Palabra.

Junto con agradecer al Señor el regalo maravilloso de la Buena Nueva, que hoy se nos ha proclamado en los textos escuchados y acogidos, nos disponemos a procurar hacerla vida, a fin de que ilumine con su fuerza renovadora, potenciando en nosotros lo noble, justo y bueno, convirtiéndonos así para afrontar los desafíos que nos presenta. En efecto, en la epístola a los *Colosenses* que acabamos de oír, el Apóstol manifestó su deseo a la comunidad de aquel entonces y nos lo expresa hoy a nosotros: “La Palabra de Cristo habite en ustedes con toda su riqueza; instrúyanse y amonéstense con sabiduría, canten agradecidos a Dios en sus corazones con Salmos, himnos y cánticos inspirados, y cuanto hagan, de palabra o de obra, háganlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias por su medio a Dios Padre (Col 3, 16-17).

“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida:
nadie va al Padre si no es por mí” (Jn 14, 6).

Al ponernos bajo la Palabra del Señor, nuestra atención se dirige inmediatamente a la enseñanza central del Evangelio que acabamos de oír. Jesús señala al Apóstol *Tomás* que **Él es el Camino** que nos conduce al encuentro con Dios su Padre, también nuestro Padre. **Él es la Verdad**, ante todo de Dios mismo, sobre el hombre y lo creado. Este trascendental anuncio llega a su plenitud cuando Jesús revela que **Él es la Vida**.

En este día la comunidad cristiana, junto a las altas autoridades de la Región, escucha y acoge esta Palabra del Señor: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida: nadie va al Padre si no es por mí” (*Jn 14, 6*).

A la luz de la Palabra proclamada y acogida, aparecen innumerables desafíos personales y familiares, como de la vida en común. El salmista nos ofrece una bella bienaventuranza al afirmar: “¡Feliz la nación cuyo Dios es el Señor, el pueblo que Él se eligió como heredad” (v 12).

Todo el bien que el corazón humano anhela, se encuentra en Jesús. Por ello, nuestros mejores esfuerzos deben tener en Él su fuente inspiradora, la gracia y bendición de su desarrollo, como la más auténtica realización. Pretender eliminar a Dios y la vida en Cristo del horizonte de las personas es un riesgo enorme. Es atreverse a andar un camino equivocado, aceptando una verdad simple que será siempre parcial y limitada. No tengamos miedo de la primacía de Dios en todo, del fundamento cristiano y de fe del *pueblo santo de Dios* que peregrina en nuestro país y en la región de

Coquimbo. Busquemos en nuestros afanes y desafíos, en la vida de cada día y en sus innumerables aspectos, contar con Jesucristo el Señor, como nos enseñara San Juan Pablo II en nuestro país: “mirarlo a Él”.

La celebración de esta santa Eucaristía manifiesta con claridad meridiana, que la fe en Dios nuestro Padre y en su Hijo Jesucristo, nada obstaculizará la marcha de nuestro pueblo. La fe, don de Dios, nos impulsa a afrontar los desafíos del tiempo presente. ¿No ha sido esta virtud en base a la cual miles de chilenas y chilenos han cimentado su vida en el pasado, también nuestros Padres de la Patria? ¿No será la decadencia en la fe que dificulta la edificación de un presente que nos brinde verdaderamente un porvenir de esperanza?

“Que tu amor nos acompañe, Señor,
como lo esperamos de Ti” (Sal 33(32), 22).

Manifestamos gratitud profunda a Dios por el don de nuestra vida, la de nuestros seres queridos y de personas cercanas que amamos. La vida, así la apreciamos delante del Señor en este día, es un don precioso y sagrado. Por ello, siempre y en toda circunstancia, debe ser nuestro propósito de respetarla desde su concepción y hasta su término natural. No cabe por tanto proyecto alguno que contemple el aborto y la eutanasia, como otros propósitos y acciones que no respeten la plena dignidad de la persona humana “imagen y semejanza de Dios” (*Gn 1,26-27*).

Manifestamos en este día gratitud profunda a Dios por nuestras familias. Se acerca el mes de octubre y en su primera semana celebramos la **Semana de la Familia**, este año bajo el lema: “La alegría del amor”. Le pedimos al Señor que nuestras familias sean “auténticas escuelas del Evangelio y pequeñas Iglesias domésticas... que nunca más ocurran en las familias episodios de violencia, de cerrazón y división; que quien fue herido o escandalizado sea pronto consolado y curado” (*Oración a la Sagrada Familia Jesús, María y José*).

Manifestamos en este día gratitud profunda a Dios por el don de la paz. La pedimos para nuestro pueblo y el mundo entero, en especial para Ucrania y Rusia. Que en Chile y en nuestra Región podamos vivir en paz, libres de todo tipo de abuso, violencia, saqueo, robos, encerronas, portonazos y atropellos. ¡La violencia nunca será el camino para superar nuestras diferencias y desencuentros! Oramos por ello, como nos enseñara San Francisco de Asís: “¡Señor, haz de mi un instrumento de tu paz!”.

Manifestamos en este día gratitud profunda a Dios por el bien que cada uno de nosotros realiza en su Nombre, que crece en forma modesta y sencilla, en numerosas ocasiones también con dolor y sufrimiento. Agradecemos de igual modo la entrega cotidiana de autoridades y representantes de nuestro pueblo, como de innumerables instituciones al servicio de Chile. ¡Sepamos reconocer y valorar los esfuerzos de quienes se entregan con generosidad al bien común!

Las autoridades están llamadas a responder con sabiduría y a la altura los desafíos que le plantea hoy la ciudadanía. Recientemente, en el Plebiscito de Salida, contemplado en el proceso constituyente, el pueblo se ha pronunciado una vez más. Valoramos la gran participación ciudadana en dicha convocatoria. Es un gran desafío el diálogo enriquecedor y con perspectivas promisorias para el presente y futuro de nuestro pueblo. Ante la voluntad expresada mayoritariamente en una opción, la autoridad política procure no defraudar, antes bien logre la elaboración de una Carta Magna que nos una, identifique y brinde al país un presente como un porvenir de esperanza.

Finalizo recordando la bella expresión del *salmo* 33(32) que corresponde en esta liturgia: “Que tu amor nos acompañe, Señor, como lo esperamos de ti” (v 22).

A la Virgen santa, Nuestra Señora del Carmen, que amamos como Madre de Cristo y Madre nuestra, confiamos a Chile, nuestra querida Patria. Que su Hijo Jesucristo nos prosiga bendiciendo –como ha sido hasta ahora-. Ella nos bendiga también con la feliz realización de nuestros mejores propósitos. Amén.